

# Mi historia de una autopsia

Maritxu, Danae



## Capítulo 1

Son las 13.40 de un día gris y mojado. La lluvia cubre nuestras ropas al salir del metro y aproximarnos al lugar donde lo veremos. Cara empapada, cabello estilando, pantalones pesados, mucho frío. Nos cubrimos de delantales para que la sangre no penetre a nuestros vivos cuerpos. Caminamos con dudas y excitación a la sala del procedimiento. Y ahí está, al entrar, nuestro muerto. No sabemos nada de usted, ni qué edad tiene, ni qué enfermedades, qué alergias. No sabemos de su familia, de sus hijos llorando afuera, de su viuda mujer sollozando por dentro, ni de su perro regalón que lo esperará por el resto de su vida tras la puerta. No sabemos cuál era su equipo de fútbol preferido, ni su libro, ni su cerveza favorita. No sabemos nada de usted, solo que está, evidentemente, muerto.

El doctor comienza a explicar conceptos de medicina legal y a describir con detalle sus lesiones. Uno de nosotros le hace un gallito, gana usted por la contracción muscular que se produce post-mortem. Todos lo tocamos, permiso. Está frío, como piel después de tocar hielo por unos 10 minutos.

Y luego, aparece el cuchillo de mango amarillo. El ayudante, cual carnicero, comienza el procedimiento cortando su cuero cabelludo. Dejamos de mirar muchos, y se escucha el sonido más extraño que he oído: El cuero cabelludo desprendiéndose del cráneo. De pronto, ya no es usted, su cara no existe. *Y pienso, cuánto será que la cara nos define como personas. Sin rostro, no somos más que carne abierta.*

Se abre el tórax y abdomen, se saca la calota que es la parte de arriba del cráneo, exponiendo el cerebro en todo su esplendor. Cerebro de usted, cerebro que pensó, que imaginó, que contuvo todos los recuerdos de sus 40 y tantos años de vida. Cerebro que lo hizo vivir y funcionar, ver, sentir, apreciar, respirar, latir, sonreír y llorar. Es hermoso, perfecto. Inundado de sangre por la hemorragia subaracnoidea y subperióstica, pero perfecto, blando y gelatinoso. Sigo al cerebro para apreciarlo de cerca, y observar con detención cada arteria, cada circunvolución, cada par craneal, cada mínimo detalle anatómico.

Afuera se va la parrilla costal, mientras ayudo con un artefacto a cortar sus costillas. Se siente cómo se fracturan una por una, son bastante duras. Y así, se expone el contenido. Un corazón grande que cuánto debe haber amado. Unos pulmones airosos con marcas negras de haber vivido en Santiago. Tocamos su corazón, una de nosotros lo saca de su sitio, todos nos lo pasamos de mano a mano, maravillados, sosteniendo su corazón en nuestras manos. Su corazón, que latía fuerte hace 24 o más horas, que latía aún más fuerte hace 12 hrs, que latió despacio hace 8,

que dejó de latir hace 4.

Los pulmones son extraños, se aprietan como estas burbujas de embalaje. Sus vísceras abdominales están llenas de aire, más bien repletas de aire, el doctor dice que por las bacterias anaerobias, o algo así. Veo cada detalle estudiado en los libros, visto en cadáveres de más de 10 años de antigüedad en el pabellón de anatomía, observado en el famoso 'Netter' una y otra vez. Y es todo real, es todo como lo imaginaba. Sacamos su hígado, liso y suave, que pareciera que nunca tomó ni una copa de vino, su bazo tan morado que parece pintado con crayones, sus riñones sanos e iguales, su páncreas que es el primero que veo en mi vida. Y todo pasa a la mesa metálica para cortarlos, uno por uno, trozo a trozo. Mientras, el auxiliar comienza a sacar con un cucharón sopero la abundante sangre de su interior. Cucharada a cucharada. *Y pienso, que ya no podré servir la sopa como antes.*

Maravillada por su anatomía olvido su rostro, olvido que es alguien, olvido que es usted. Me aproximo a la mesa y toco su mano, tratando quizás de decirle que terminará pronto, que no le haremos más daño, que pronto se despedirá de su familia. Acercándose al final, el carnicero llena su cráneo con diario, como si toda nuestra fuente de información de pronto pasara a ser líneas escritas sin sentido de un periódico. Se cierra el cráneo. Vuelve a tener rostro, vuelve a ser usted.

Se rellena el abdomen y el tórax con sus órganos desordenados, uno encima del otro, el trabajo está hecho, y al parecer no hay necesidad de mantener su anatomía.

Con una aguja demasiado grande para poder describirla y una especie de lana, sus planos de piel se empiezan a juntar. *Y me imagino el cuento de la caperucita roja que me contaba mi papá, cuando el cazador le abrió el abdomen al lobo, lo llenaba de piedras y lo cerraba con aguja e hilo para tirarlo al río. Esto es algo parecido.*

Ayudo a ingresar los órganos, ahora mirando su cara, y razonando que le estamos devolviendo lo que es suyo. El doctor sigue explicando cosas a los otros. Yo, no puedo parar de mirar cómo se va cerrando su cuerpo inerte.

Y finalmente, antes de irme, me acerco a usted y abro sus ojos. Algunos dirían que por morbo. La verdad, porque era probablemente la última vez que alguien lo miraría a los ojos en esta vida. Miré detenidamente sus pupilas, y le di las gracias por habernos dado la oportunidad de aprender de sus vísceras. Descanse en paz, ya no tan desconocido. La vida es tan incierta, tragedias vienen y van. Imprevistos suceden. Por ejemplo, usted no pudo llegar a tomar el café con su mujer en la cafetería de la esquina. El otro que lo chocó no pudo llegar a su reunión, y ahora está tras las rejas de la comisaría. Yo, no puedo dejar de pensar en sus ojos. Adiós a

usted, ojalá encuentre paz entre las almas perdidas y desconcertadas,  
que les tocó como a usted, **morir.**

**30.05.2018**